

- ¡Kaña bat! –
- ¡Cuando puedas dos chupitos! –

Como todos los putos sábados, el bar estaba abarrotado. Todos los chavales con pintas de Bilbao parecían darse cita en el Caso Viejo para comparar quien se había comprado la ropa más alternativa y más cara. Era de descojono ver a un tío con una hoz y un martillo parcheados en la cazadora y con unas botas de marca en los pies. Al lado, unas pijas que jugaban a hacer que pensaban diferente, vestían ropas de cuero que valían más que el bar.

Pero siempre había sido así. Los dieciséis años eran jodidos, te hacías el diferente, buscabas tu identidad...por supuesto, acababas como todos siendo parte de la misma mierda. O si eras más imbécil de lo que cabía esperar, morías creyéndote tus propias mentiras.

A Luis aquello le daba igual. Aquellos niñatos no podían saber lo que realmente estaba en juego. No podían imaginar que la Revolución ya había empezado. Alex se lo había contado todo. Los Anarquistas estaban a punto de conseguir que Bilbao se transformara en Puerto Franco, como ellos lo llamaban. Un estado libre como Los Ángeles.

Pero ellos aún no podían saberlo. No estaban preparados. No debían conocer los secretos que habitaban la noche. Los mitos hechos realidad, como su domitor.

¡Que orgullo era servir a un líder tan digno! Luis había pasado toda su vida convencido de que en el vacío de la ciudad, encontraría una causa digna. Y lo había hecho. A los veintitrés años, con una licenciatura en Ciencias Políticas, por fin había encontrado su destino; sería el hombre de Alex. Sería la voz de los Anarquistas bajo el sol.

Por eso sonreía mientras ponía las copas y le brillaban los ojos cuando cogía el dinero de la gente a la que en realidad despreciaba. Hasta no hacía tanto, él había sido una res tanto como ellos. Quizá más.

Como sólo quedaban un par de minutos para terminar su turno, fue hasta el final de la barra e indicó por señas a su compañero que se encargara. Se encaminó hasta el fondo del garito de su señor.

Estaban en una mesa, rodeados de humo. No obedecían las leyes contra el tabaco, ¿Para qué? Ya que no podían comer ni follar, por lo menos que les dejaran fumar. Luis se preguntaba si las drogas seguían afectando al cuerpo de su domitor, pero nunca lo habría mencionado. Era tan trivial...y podría ser considerado como demasiada curiosidad. Había demasiado en juego como para que Alex se enfadara con él, o para que creyera que su ghoul más fiel quería ser como él.

Ese día llegaría, con la victoria de la Causa. Había sido su promesa.

- Luis – saludó Alex con una sonrisa - ¿ya terminas? –

De no haberlo conocido, el camarero hubiera dicho que era un yonqui pasado de todo. Era pálido y esquelético. Decoraba su cabeza con una deslucida cresta negra. Los tatuajes y los pendientes cubrían más de la mitad de su piel. A su alrededor, se sentaba su cuadrilla, todos ellos hermanos por la Causa.

- ¿Puedo sentarme? -
- Claro – sonrió uno de ellos, probablemente Carlos, haciendo un guiño

El vampiro acercó una silla y sonrió enseñando los dientes. Todos los dientes. Incluso los que no había que enseñar.

Aquella estupidez era lo que provocaba que los humanos hubieran temido a los inmortales. Ellos debían saberlo, pues eran los que habían enseñando a Luis la historia de Cartago. Y sin embargo, solían comportarse con demasiada ambigüedad para con su naturaleza. Al menos, eso parecía a Luis.

- Estamos cerca, compañeros – decía Alex en aquel momento – dentro de un mes, el Toreador propondrá un cambio de liderazgo en Bilbao, y el Ventrue temblará en su trono –

- Están todos divididos – contestó otro. Sergio, el de la melena y las barbas – los Nosferatu no hablan más que con nosotros, los Malkavian se están desatando, y los Tremere son un cero a la izquierda –
- Tenemos suficientes apoyos como para ponerte a la cabeza de la ciudad – Carlos dio una palmada en la espalda del domitor de Luis – y entonces, declararás nuestra independencia –
- Les tenemos cogidos por los huevos – aseguró Torres, inconfundible por sus pintas de skinhead – las Ratas llevan semanas contándonos sus trapos sucios. Todos tienen un par de crímenes contra las Tradiciones. Una vez proclames el Puerto Franco, nadie se opondrá –
- ¿Estamos preparados para tomar las calles, de cualquier manera? – preguntó Alex con voz tranquila
- ¿Puede pasar? – se alarmó Luis
Todos lo miraron, como si se hubieran olvidado de que estaba.
- Todo puede ser – hubo un silencio reflexivo en mitad de la algarabía del bar – en fin, ¿lo estamos? –
- Los Giovanni nos han pasado armas – respondió Sergio con un encogimiento de sus anchos hombros, mientras apagaba su cigarro – puedo tenerlas repartidas entre nuestras cuadrillas en una hora –
- Media, si los Ravnos se apuntan – sonrió Torres – pero no sé si fiarme de su palabra –
- Y los Gangrel no han dicho nada – añadió Carlos – seguramente pasarán de movidas –
Alex sonrió y llenó los vasos (el de Luis incluido) de un espeso líquido rojo que sacó de una petaca sospechosa.
- Vas a tener que ir acostumbrándote, Luis – explicó – ¡Por la Revolución! – alzó el vaso
- ¡Por la Revolución! – entonaron todos en voz muy alta
Borrachos y eufóricos en todo el bar imitaron el brindis. Nadie se había dado cuenta de que en la mesa del fondo bebían sangre. Nadie se daba cuenta del verdadero significado de aquellas palabras.
En mitad del silencio que envolvió el bar mientras la gente bebía, sonó un solitario aplauso burlón. Fue secundado. Coreado. Varias manos se burlaban del momento.
Indignado, Luis miró a la puerta. A su lado, los líderes Anarquistas hicieron otro tanto.
En el umbral había una docena de hombres de aspecto duro. Iban uniformados con chaquetas de cuero negras. En ellas llevaban parches tan siniestros que harían llorar a un motero. Y, en el hombro derecho, un símbolo que el ghoul no reconoció. Una especie de cruz invertida. O quizá un ankh invertido...sobre él se leía K.E.A.
El hombre del centro se adelantó, deteniendo el hiriente aplauso. Parecía tener menos de treinta, a juzgar por sus rasgos. Abrió los brazos, sonrió, enseñando unos colmillos de los que cualquier lobo se habría sentido orgulloso y grito:
- ¡Tengan todos un buen Sabbat! –
Entonces, todos a una, los recién llegados desenfundaron. Y no pistolas, precisamente. Se trataba de estilizadas y pequeñas armas automáticas. Mucho más caras y peligrosas que las que cualquier Anarquista podía conseguir. Alex y los demás empezaron a levantarse. Demasiado tarde.
- ¡Kill´Em All! – rugieron al empezar a disparar